

Las orejas del lobo

JOSEP BORRELL
PRESIDENTE DEL PARLAMENTO EUROPEO

EL PERIODICO DE CATALUÑA- 14 de Enero de 2006

- **La guerra del gas de Rusia y Ucrania obliga a Europa a resolver su grave dependencia energética**

En la guerra del gas entre Rusia y Ucrania, Europa le ha visto las orejas al lobo de su dependencia energética. Los suministros vuelven a ser normales, pero sería un error considerar lo ocurrido como una falsa alarma o una peripecia más de las malas relaciones entre esos dos países tras la *revolución naranja*.

Al contrario, la Unión Europea debería tomar definitivamente conciencia de la necesidad de una política energética común, aunque los tratados en vigor no la prevean.

Como todo el mundo sabe, la dependencia energética de la Unión es muy grande y creciente. En los momentos fundacionales de la CECA y del Euratom, Jean Monet lanzaba el primer grito de alarma. Entonces Europa importaba el 10% de su energía. Medio siglo después, más del 50%. Y si nada cambia, importará el 70% en el 2030.

Actualmente, casi el 50% del gas y el 30% del petróleo provienen de Rusia, y países como Austria, Eslovaquia y Alemania dependen en un 40% del gas ruso.

Estas cifras explican la conmoción causada por la crisis energético-política entre Rusia y Ucrania, resuelta gracias a las presiones ejercidas por la Unión Europea para que llegaran a un acuerdo que estabilizara los suministros.

Pero el riesgo geoestratégico sigue ahí. Y para hacerle frente se impone una política energética con una clara dimensión comunitaria, basada en la interdependencia de los estados miembros de la Unión, tanto en las cuestiones de consumo y abastecimiento, como en el cambio climático o en la realización del mercado interior.

Por no hablar de cómo aumentaría el potencial negociador de Europa en el contexto mundial si tuviese una política energética común, como ahora ocurre con la política comercial.

Esta necesidad ha sido reconocida al menos en dos ocasiones. La primera en el Tratado Constitucional, hoy embarrancado. Y la segunda en el Consejo Europeo de Hampton Court de octubre del

2005. Allí se defendió, por primera vez al más alto nivel político, una política energética europea para asegurar y diversificar los aprovisionamientos.

La novedad pasó desapercibida. Esperemos que el repique mediático del cierre de los grifos de Gazprom anime a la Comisión a presentar propuestas concretas en el Consejo Europeo de primavera, en el que la cuestión energética será el tema prioritario.

La corta crisis del gas ruso refleja dos factores cada vez más determinantes de la geopolítica mundial: la inseguridad energética y el uso de las materias primas como armas económicas.

INSEGURIDAD energética provocada por las noticias que llegan a diario de Oriente Próximo y por el incremento de los recursos necesarios. Con las actuales tendencias, el consumo mundial de energía aumentará un 60% en los próximos 25 años. Y dos tercios del mismo procederán de países emergentes como China y la India. Sus necesidades determinarán el desarrollo del mercado mundial.

Por ello, el diálogo estructurado en materia energética con estos dos gigantes es el objetivo más importante a medio plazo de la Unión.

Pero no podrá abordarse eficientemente sin una política europea común que permita, entre otras cosas, impulsar las ecotecnologías europeas en esos mercados.

Por otra parte, los países productores, como Rusia, se colocan en una posición de fuerza. Nada nuevo bajo el sol. Europa pasó por momentos difíciles cuando antes otros lo hicieron con el petróleo. Sería ingenuo esperar que Rusia no lo hiciera ahora, con sus ingentes reservas de gas convertidas en arma política, además, de fuente de recursos.

La crisis del gas ha sido una jugada de póquer de un Putin dispuesto a devolver a Rusia el papel de gran potencia mundial, en vísperas de asumir la presidencia del G-8. No deja de ser irónico que Putin vaya a presidir en julio la cumbre de este grupo dedicada a la seguridad energética.

Pero, en realidad, nadie más interesada que Rusia en presentarse como un suministrador fiable que respeta sus compromisos. La dependencia entre Rusia y la Unión Europea es recíproca.

Nosotros necesitamos su energía y ellos nuestro mercado, tecnología y financiación.

Precisamente porque los suministros se desestabilizaron en exceso y la reacción europea fue rápida la crisis fue corta.

Tampoco es tan evidente que haya ganado Rusia. Ucrania pagará ahora su gas a 80 dólares los mil metros cúbicos. Es más que los 50 del acuerdo del 2004, cuando Yuchenko aún no había ganado las elecciones, pero mucho menos que los 210 dólares del mercado mundial que Putin exigía como una regla teológica.

Ésta es la realidad, adecuadamente camuflada a través de una empresa, con mayoría de Gazprom, que compra el gas al precio mundial pero lo revende a Ucrania al precio pactado. Un precio ciertamente político, bien diferente de los 48 dólares que paga el dictador Lukashenko de Bielorrusia y de los 120 dólares de los países bálticos.

Así, pues, la independencia energética vuelve a ser, como en los años 70, determinante. Lo ocurrido nos recuerda que, si Europa quiere jugar un papel relevante a escala mundial, la cuestión energética no puede seguir siendo dominio exclusivo de los estados.

Y no habrá una política energética común mientras Europa no se dote de una política exterior común.

Pero la defensa de los intereses nacionales sigue prevaleciendo, sobre todo cuando lo que se trata es de garantizar el suministro de energía, instrumento clave del crecimiento económico y uno de los pocos símbolos por excelencia que quedan de la soberanía. Europa tiene muchas cartas que jugar como primer cliente mundial y gran potencia en tecnologías ambientales. No sólo la de la dependencia. Pero para ello debe actuar como un interlocutor único y coherente.

Por el momento está lejos de serlo.